

TEATRO

El último vuelo de Saint-Exupéry

EL PRINCIPITO

A partir del libro de Saint-Exupéry. Traducción: Jesús Munárriz.

Intérpretes: José Luis Gómez e Inma Nieto. Versión y dirección: Roberto Ciulli. Teatro de La Abadía. Hasta el 17 de noviembre.

JAVIER VALLEJO

El ciclista aviador de sonrisa perenne interpretado por Inma Nieto parece un príncipe caído, y el principito de José Luis Gómez, vestido como los viajeros inmóviles de Philippe Genty, un aviador de vuelta de todas las batallas, en trance de preparar su último viaje. Roberto Ciulli, director de este espectáculo para adultos inspirado en el libro de Saint-Exupéry, ha repartido los papeles a la contra de lo que la edad y el físico de

sus actores sugieren, para obligarles (como al ciclista en la cuesta arriba) y para romper el cliché. En su puesta en escena, inspirada a su vez en las entradas de *clowns* clásicas, hay golpes incruentos, caídas, llantinas a lo Charlie Rivel y tiernos abrazos de reconciliación.

El arranque de la función está repleto de citas y de sugerencias: la bici junto a la cual el aviador yace en la cuneta alude a la que al autor de *Vuelo nocturno* le legó su hermano, fallecido a los 15 años; la breve caminata a ninguna parte de los protagonistas evoca la de Totó y Ninetto Davoli en *Uccellacci e uccellini*; el arrebato lírico del principito cuando glosa la importancia de la guerra entre corderos y plantas tiene la temperatura poética del *Paseo de Bus-*



Inma Nieto y José Luis Gómez, en la versión de *El principito* del Teatro de la Abadía.

ter Keaton, y el carácter crepuscular que Gómez imprime a su personaje lo hermana con el monarca de *El rey se muere*.

Ciulli desplaza el relato original al territorio de *Esperando a Godot*: en lugar del periplo interplanetario, se nos da cuenta de una espera acompañada y de una transición guiada al más allá. Puede entenderse también que en su versión, el aviador, en el momento postrero, repite el viaje

simbólico que el principito le conllevó en su encuentro ensoñado, décadas atrás. Quizá por contaminación beckettiana, el tránsito por los siete asteroides se resuelve en el sitio, sobre un mandala de terciopelo que ocupa el centro del escenario: tal recorrido, sumamente abreviado, puede resultar confuso para quien no tenga fresca la memoria del texto, pues versión, dirección y actores saltan de un planeta a otro sin pun-

tuar los cambios con claridad suficiente.

Para sus intérpretes, el lenguaje que Roberto Ciulli les marca es un desafío: están más certeros en los momentos en los que manejan emociones puras (el dúo con la rosa, donde se entrecruzan el humor, la ternura, el egoísmo y la humana ceguera) que en los que requerirían ese *swing* que solo tienen los *clowns* que ejercen su difícil oficio a diario.